

esta reprehension, se postró y pidió perdon llorando. El anciano siguió con dulzura: alzaos, hijo mio, y no os turbeis; veo el espíritu que os anima: si ya vais á ser sacerdote, y sereis tambien obispo cuando haya llegado el tiempo que el Señor tiene señalado. Despues que Enrique hubo levantado en el condado de Sommerset la cartuja de Onitham, la mas antigua de las fundaciones de este órden en Inglaterra, los dos primeros priores no pudieron sacar fruto alguno de los inaccesibles naturales del pais. No solo ganó Hugo, tercer prior, el afecto de un pueblo áspero en particular respecto de los extranjeros, sino que por el ascendiente de su genio y de sus virtudes adquirió tanto crédito para con el Rey, que este Príncipe, aunque muy pagado de su propio talento, decia á cada paso que habia encontrado su maestro en un monge.

Fue Hugo arrancado del retiro para ascender á la silla de Lincoln, y llenó todas las esperanzas que de él se habian concebido, así por la rectitud de su alma, como por la rara penetracion de su espíritu. Habia recibido del cielo un don tan singular en discernir entre los buenos derechos y las pretensiones no justas, que los mas hábiles jurisconsultos le miraban como su oráculo en las decisiones de los asuntos trascendentales aunque jamás habia estudiado la jurisprudencia. Cuantos tenian causas justas le pedian por juez, con tanta mayor confianza quanto añadía á sus luces una circunspeccion igual, y un valor incapáz de dejarse corromper por ningun res-

peto humano. Así los Papas bajo cuyo gobiernó vivió, le encomendaron los mas importantes asuntos de la iglesia anglicana. No estorbó á Hugo la sangre real que corria por las venas del arzobispo de York, vengar la disciplina de los golpes que recibió de este prelado por sus costumbres en un todo seculares. Procedió contra él intrépidamente. Apeló el arzobispo á la santa Sede: Hugo le prefijó término dentro del cual debia comparecer en Roma, y entretanto envió las informaciones que le habian encargado. Por último, no habiendo comparecido el arzobispo, cuyo designio no habia sido otro que eludir con tergiversaciones y dilaciones, fue declarado suspenso del palio, de las funciones episcopales y de toda administracion tanto espiritual como temporal de su iglesia.

44. El santo obispo de Lincoln no mostró menos su firmeza respecto al mismo Rey Ricardo, á pesar del imperio absoluto que egercia en su reino. Mediaba una grande antipatia entre este Príncipe y Felipe Augusto, y ambos Monarcas orgullosos y valientes eran demasiado vecinos para permanecer mucho tiempo en paz. Poco despues que Ricardo fue sacado de las prisiones de Alemania, quiso vengarse de Felipe que habia entrado en sus estados. Hallándose exhausto el erario, hizo juntar los prelados para exigir las grandes sumas que necesitaba. Examinando la cosa el obispo de Lincoln con aquella justificacion que le era tan propia, halló que iba á ponerse el clero en estado de no poder atender al auxilio

su carácter turbulento le opuso cada dia nuevos óbices. Respecto de la Francia, el Rey Felipe estaba implicado en un negocio que absorvia todos sus cuidados, y que no le permitia salir del reino. Muerta que fue su primera muger Isabel de Hainaut, aunque le dejó un hijo que le sucedió con el nombre de Luis VIII, quiso contraer segundas nupcias. Pidió y obtuvo á la Princesa Isemburga, hija de Canuto III, Rey de Dinamarca, cuya distinguida belleza y virtudes encomiaban todos. Fue á recibirla á Amiens, y quedó tan gustoso de experimentar por sí mismo lo que la fama divulgaba, que se casó en el mismo dia de su llegada. Mas desde el dia siguiente concibió un disgusto tan grande, que no lo atribuyeron á causa mas plausible que al sortilegio. Antes de cumplir tres meses de matrimonio, tuvo el Rey en Compiègne con los obispos y los señores un parlamento en que presidió su tio Guillermo, arzobispo de Rems y legado de la santa Sede. No faltaron testigos que aseguraron con juramento mediar parentesco entre Isemburga y la difunta Reina Isabel, por parte de Carlos el Bueno, conde de Flandes de la casa de Dinamarca. Por su parte sostuvo el Rey que no habia consumado su segundo matrimonio, aunque Isemburga afirmaba lo contrario. Habiendo pues juzgado los prelados que habia nulidad, el arzobispo legado la pronunció por sentencia. Inmediatamente dejó el Rey á la Princesa, y quiso enviarla libre á Dinamarca; pero ella pidió entrar en un monasterio, prefiriendo pasar el resto de su vida en continencia, al contrato de

un nuevo matrimonio que miraba como un delito. Púsole el Rey en una comunidad de Flandes, dejándola en tal indigencia, que no hizo mucho favor á la causa del Monarca.

48. Estévan, que de la abadía de Santa Genoveva de París habia pasado al obispado de Tournay donde estaba esta Princesa, se poseyó de la compasion mas viva y generosa. Estévan tenia el obispado por eleccion de Guillermo, arzobispo de Rems, encargado del gobierno de aquella provincia mientras el viage del Rey Felipe al oriente; además gozaba de tanto favor con el mismo Rey, que fue uno de los padrinos del Príncipe Luis, heredero presuntivo de la corona. Mas ninguna de estas consideraciones le detuvo para recomendar con eficacia la suerte de esta Princesa al mismo prelado que sentenció contra ella, y le escribió de este modo (1):

„Dejando para Dios el juicio de un asunto tan delicado, no puedo menos de plañirme de una Princesa reducida á pedir el alimento, despues de haber vendido para su subsistencia su vajilla y sus mejores vestidos. ¿Quién no se compadecerá sobre todo al ver tanta miseria con tanta virtud? ¿Quién podrá observar indiferente la estraña desgracia de una jóven de sangre real, mucho mas recomendable por su virtud que por su cuna? Pasa los dias enteros dada á la oracion, á la leccion y al trabajo. Ocupan todas sus horas los egercicios serios y penosos; tan solo le falta el tiempo para la alegría y los divertimientos que

(1) Ep. 261.

de los pobres y á la magestad del culto, que eran los únicos objetos á que estaban destinados los bienes de la iglesia. Elocuentemente esplicó sus razones, y solo pudo atraer á su dictámen á uno de sus compañeros, el que se separó tambien pasado poco tiempo.

Muy irritado el Rey con esta resistencia, pues por ella osaba un solo obispo distinguirse de todos los demás, envió gente armada para despojarlo de todos sus bienes y separarle de su silla; pero los que fueron encargados de esta comision no se atrevieron á ponerla en práctica. Dejólos admirados al llegar á su presencia su aspecto firme é intrépido; el temor de los castigos divinos se apoderó de su espíritu, y se tornaron sin haber hecho cosa alguna. No obstante, temeroso el Santo de atraer sobre su rebaño los ímpetus de un Príncipe tan colérico como Ricardo, quiso esponerse él solo á todo el riesgo, y partió á encontrarle. Saliéronle al encuentro al acercarse á la corte algunas gentes buenas diciéndole que no se presentase al Rey; que no se espusiese á una muerte segura; y que no diese lugar á que se renovasen los delitos y calamidades que hicieron gemir por tanto tiempo á la Inglaterra despues de la muerte del santo mártir de Cantorberi. Viendo que no le movian estas pinturas horribles, para obligarle mas eficazmente á retirarse, un señor muy virtuoso se ofreció por mediador. „¿Qué! le respondió, ¿quereis que huya del riesgo para sumergir en él á vos y á vuestros hijos?“ Así que acabó estas pocas palabras, se adelantó y entró en el palacio.

Noticioso de que el Rey estaba oyendo misa, fue en derechura á la capilla; y sin esperar á que le dieran aviso, le acometiô repentinamente, y le dijo: „dadme el beso de paz. No lo mereceis, le respondió el Rey. Yo he venido á buscarle desde muy lejos, replicó el obispo, y es forzoso que me le deis.“ Inclínose el Rey con sonrisa y le dió el beso. Oyeron juntos el resto de la misa, y cuando trajeron al Monarca el porta-paz, le hizo presentar primero al santo obispo. Los otros prelados y todos los asistentes apenas podian creer lo que veían. El Santo le dijo acabada la misa: *aun no está hecho todo*; y le llevó detrás del altar.

Allí sentándose junto á él, „venid acá, le dijo, decidme ¿cómo va vuestra conciencia? Pues vos sois de mi diócesi, y tengo de responder de vuestra alma en el juicio de Dios.“ Deponiendo Ricardo toda la altivez y la aspereza de su índole, le respondió: „mi conciencia está en muy buen estado, á no ser que sea culpable el enojo que me obliga á perseguir á los enemigos de mi reino. ¿Qué me decís, replicó Hugo, no vejais á vuestros propios vasallos? ¿No oprimís á los mas débiles y á los mas inocentes? ¿No haceis gemir á toda Inglaterra bajo el peso de vuestras continuas exacciones? Por otra parte he sabido que habeis faltado á la fe conyugal; ¿son pecados tan despreciables para que vuestra conciencia pueda estar tranquila?“ El Rey quedó á estas palabras tan sorprendido, que no se atrevió á desplegar los labios; y siguiendo el santo pastor en su reprehension, se disculpó

Ricardo tartamudeando sobre algunas cosas, pidió con humildad perdon de otras, y prometió enmendarse. Luego á presencia de toda la asamblea enumeró el obispo todas las justas razones que habia tenido para oponerse á lo que deseaba el Rey. „¿Y no me mostrara indigno del título de pastor, añadió, si me hubiese hecho cómplice en la vejacion de mis ovejas?“ No necesitó el Rey mas apología, y aun se tuvo por feliz en que el Santo no pasase mas adelante en la correccion. Así que partió, volviéndose Ricardo hácia los señores de su comitiva con voz trémula aun, les dijo: „si todos los obispos se parecieran á este, los Príncipes y los cortesanos no tendrian ningun imperio sobre ellos.“

Poco despues el santo prelado, haciendo la visita de su diócesis, encontró en la abadía de Godestabe un sepulcro soberbio, que le dijeron ser el de Rosemunda, dama de Enrique II. Esta fue, dijo, una prostituta: que la saquen de aquí. No estuvo en su mano sufrir que la disolucion y el adulterio fuesen colocados en un lugar honorífico, y se egecutaron al punto sus órdenes.

45. Sin ser tan duro como el Rey Ricardo, el Emperador Enrique VI, no usó de la misma moderacion que este Príncipe en un lance mucho menos ofensivo (1). Vióse, á consecuencia del furor á que se abandonó, renovar la escena sangrienta ocasionada por las quejas indiscretas del Rey Enrique II contra el santo primado de Inglaterra. Habiendo muerto de un veneno Ro-

(1) *Ælgid. de episc. Leod. cap. 56. et seq.*

dolfo, obispo de Lieja, al llegar cerca de su casa de vuelta de la cruzada, á donde siguió al Emperador Federico, los votos para la eleccion de su sucesor se dividieron entre dos concurrentes, llamados los dos Albertos, y los dos archidiáconos de la iglesia vacante. Igualmente eran uno y otro de sangre ilustre, el uno hermano del duque de Lorena, y el otro del conde de Rethel; pero éste, que era hombre sin letras y sin disposiciones para adquirirlas, no tenia mas mérito que el esplendor del nacimiento, en que igualándole, á lo menos, Alberto de Lorena, le escedia indudablemente en todo lo demás. No se atrevió sin embargo el Emperador, que no amaba al duque de Lorena, á declararse por Alberto de Rethel, notoriamente incapáz; pero pretendia que en este caso de division, la eleccion pertenecia á él solo; y dió la investidura al hermano del conde de Hotstad, que le habia hecho señalados servicios. Apeló al Papa el clero de Lieja, é hizo ver que la eleccion de Alberto de Lorena era canónica. Pasó este en persona á Roma, á pesar de los espías que el Emperador habia puesto en el camino, viéndose en la precision de vestirse de criado para burlarlos. Fue presentado al Papa Celestino en este trage, quien llorando de compasion le consoló paternalmente, y le colmó de todos los honores debidos á la reputacion que se habia granjeado en Italia. Llegó el Pontífice hasta despreciar con magnanimidad el consejo de algunos cardenales que temian el odio impetuoso de los alemanes; y confirmó en público la eleccion de Alberto de Lorena.

El protegido del Emperador entretanto tomó posesion del obispado y de las fortalezas que dependian de él. Habiendo vuelto Alberto de Roma, el duque de Ardena su tio le hizo ofrecer sus fuerzas y las de sus amigos, para apoyar los derechos reconocidos por la santa Sede: pero este prelado virtuoso protestó que queria mejor renunciarlos que hacerlos valer por unos medios tan poco eclesiásticos. Llegaron estando en Rems, donde se creía seguro contra el resentimiento del Emperador, tres caballeros alemanes y cuatro escuderos que se suponian haber caido de la gracia de este Príncipe. Fueron en clase de compatriotas á saludar al nuevo obispo de Lieja, y se insinuaron tanto en su amistad, que en vano trataron de hacerlos sospechosos. Convidóles frecuentemente á comer, é insensiblemente llegaron á ser compañeros inseparables. En fin, un dia con pretesto de un paseo, le sacaron fuera de la ciudad, seguido solo de un canónigo y de un caballero. Al estar á medio cuarto de legua de los muros, dos de estos hábiles asesinos que iban á sus lados, le metieron de repente sus puñales por las sienes; luego todos juntos le cargaron de golpes con espada y cuchillo hasta hacerle trece heridas profundas. Picaron al punto la espuela á sus caballos, y caminaron con tanta presteza, que habiendo dado el golpe al anochecer, á las nueve de la mañana ya estaban en Verdun, donde fueron muy bien recibidos del Emperador. Fue el muerto desde luego enterrado en la catedral de Rems, y venerado como mártir de la libertad eclesiástica. El año de

1612, de consentimiento con el arzobispo de Rems, y por la piedad de Alberto, archiduque de Austria, fue trasportado con solemnidad á la iglesia de los carmelitas que este Príncipe acababa de fundar en Bruselas. Cuentan varios milagros obrados en su sepultura, y hace mencion de él el martirologio romano á 21 de Noviembre.

46. Aconteció en el año de 1199 en el gobierno del Egipto y de la Siria una mudanza que aumentó las esperanzas de los cristianos de Palestina, y dió nuevo ánimo al celo en todo el occidente. Murió Saladino el 13 de Marzo de este año en medio de sus triunfos, despues de haber dividido sus vastos estados entre doce hijos que dejaba, sin dar cosa alguna á su hermano Saphadino, que con tanto valor habia contribuido á su conquista. No solo dejó desde entonces esta potencia de ser formidable por motivo de la reparticion, sino mucho mas aun por las divisiones intestinas que se promovieron. Los soldados, conociendo el valor y la habilidad de Saphadino, prefirieron su obediencia á la de unos niños inespertos, y no tardó en hacer la guerra á sus sobrinos. Por esta circunstancia se vió el Papa Celestino obligado á mandar publicar la cuarta cruzada. Envió con este fin tres cardenales á Francia; dió igual comision á los obispos de Inglaterra, y verosímilmente escribió con el mismo objeto á los prelados de diversas naciones.

47. No habia cesado de llevar la cruz el Rey Ricardo, y siguió protestando que al espirar el término de la tregua con Saladino volveria al oriente; mas